



El jardín mágico

En el pueblo costero de Vilassar de Mar, entre calles llenas de historia y olor a mar, vivían dos niñas muy especiales: Tanit e Isona. Tanit tenía el pelo dorado como los campos de trigo y un espíritu aventurero. Isona, de ojos claros como el cielo, adoraba los libros y los misterios.

Un día de verano, mientras jugaban cerca de la playa, el viento dejó a sus pies un mapa antiguo y desgastado. Mostraba el camino hacia un lugar secreto del pueblo: un jardín mágico que, según la leyenda, solo se revelaba a los corazones bondadosos.

Llenas de entusiasmo, decidieron seguirlo. Recorrieron las calles estrechas, pasaron junto a la Torre del Baró y la iglesia de Sant Joan y llegaron a un sendero antiguo que se adentraba en los campos.

A medida que avanzaban, el paisaje cambiaba. Las casas dieron paso a flores y árboles frutales. El ruido del pueblo se fue apagando, sustituido por el canto de los pájaros y el susurro del viento entre las hojas.

Después de una larga caminata encontraron una puerta de madera cubierta de enredaderas. Con el corazón latiendo de emoción, la



empujaron suavemente. Al otro lado apareció un jardín como ninguno que hubieran visto antes.

Había flores de colores vivos, árboles que parecían bailar y un pequeño estanque donde nadaban peces dorados bajo el agua transparente. En el centro se alzaba un viejo pozo de piedra. A su lado, sobre una mesa también de piedra, descansaba un libro abierto.

El camino de las estrellas

Las niñas se acercaron y leyeron un mensaje:

«El jardín mágico necesita vuestra ayuda. Las estrellas han perdido el camino del cielo. Sin su luz, el jardín perderá su magia. Encontradlas y ayudadlas a regresar».

Tanit e Isona aceptaron el desafío. Buscaron pistas entre las flores, alrededor de los árboles y en cada rincón del jardín. Tras mucho observar, descubrieron una hilera de piedras brillantes que marcaba un sendero.

Lo siguieron hasta un rincón escondido. Allí había una fuente antigua iluminada por una luz tenue. A su alrededor estaban incrustadas pequeñas estrellas de cristal que habían dejado de brillar.

Recordando las palabras del libro, las niñas empezaron a cantar una melodía dulce que Isona había aprendido en sus lecturas. Mientras la música llenaba el aire, las estrellas se encendieron una a una y bañaron el jardín con una luz maravillosa.

De pronto, una brisa suave las levantó de la fuente y las llevó hacia el cielo. Allí recuperaron todo su resplandor. Gracias a Tanit e Isona, el jardín volvía a tener luz y magia.



Las niñas regresaron al pueblo maravilladas, con el corazón lleno de alegría y los ojos llenos de estrellas. Desde aquella noche miraban el cielo sabiendo que habían ayudado a sus pequeñas luces a encontrar el camino de vuelta.

Así termina la aventura de Tanit e Isona, dos amigas que salvaron el jardín mágico y descubrieron que, colaborando y escuchándose, podían lograr algo extraordinario.